

El rey Sudhodana supo todo lo sucedido y viendo que la profecía de Asita amenazaba cumplirse, aumentó sus disposiciones para evitar la evasión de su hijo haciendo vigilar día y noche todas las salidas del castillo, rodeado de un cordón de hombres armados; y encargando á las mujeres que hicieran los mayores esfuerzos para cautivar al príncipe con sus juegos, danzas y demás diversiones, sin interrumpirlas ni un instante (1).

Aquella noche turbaron á Gopa, que dormía al lado de su esposo, pesados sueños; vió en todas partes destrucción; ella misma estaba mutilada y desfigurada; sus joyas rotas y esparcidas, su lecho destrozado; el sol y la luna se desprendían del cielo y caían; las montañas se abrían y eran devoradas por las llamas; se desencadenaban tempestades; todo era lucha y destrucción hasta en el fondo del mar. Por fin se despertó llena de angustia y contó á su esposo su ensueño. Sidarta la calmó diciéndole que las personas buenas tenían estos sueños, que significaban el aniquilamiento de lo que es mentido y malo y el triunfo de lo que es verdad y bueno. «Tú



Lado interior de una pilastra de Amravati.

misma, —le dijo su esposo, — verás el anonadamiento del enemigo protervo y de sus lazos, y tendrás una parte principal en la salvación y gloria. Alégrate, pues, no temas y duerme tranquila, porque tus ensueños son augurios felices (2).»

Sidarta con todo estaba decidido á ejecutar su intento (3), pero no sin avisar á su padre, á cuyo fin aquella noche cuando todos dormían pasó al palacio del rey. Al llegar allí, irradió de su cuerpo tanta luz, que el rey llamó á su camarero y le preguntó si había salido ya el sol, á lo cual le contestó el criado que no era sino media noche, pero que el edificio y los árboles estaban inundados de una luz suavísima, agradable y sin sombras, como si el espíritu bueno hubiese llegado al palacio. Entonces vió el rey delante de sí á su hijo, que le comunicó su intento, y el rey sin poder moverse tuvo que

gun la cual el príncipe muestra al monje viandante su respeto y veneración, y de regreso á la ciudad declara en pleno consejo público á su padre su resolución de entrar en la vida monástica; pero por fin cede á las razones de su padre y de los ministros y se vuelve á su palacio y á sus mujeres.

En la versión del Sur, el príncipe verifica la excursión y regresa á su palacio, pero se marcha aquella misma noche.

(1) Según la leyenda china, fué al palacio de Sidarta, Udayi, hijo de un ministro y joven hábil, que excitó á las mujeres á hacer esfuerzos desesperados para cautivar al príncipe con sus atractivos, citándoles el caso de los ricos Devayana y Ecaringa, que seducidos por mujeres renunciaron á su propósito de hacerse monjes. Luego trata también directamente con reflexiones de desviar al príncipe de su propósito, pero Sidarta le demuestra que en vista de los nacimientos sucesivos, de la vejez, de las enfermedades y de la muerte, todos los placeres terrenales no son mas que goces vanos, groseros y bestiales.

(2) La leyenda china hace soñar también á la anciana tía Gautami y al rey. Aquella vió en sueños correr un toro blanco por la ciudad, y Sudhodana vió elevarse el pendón real hasta las nubes, donde despidió rayos de luz, siendo después sacado de la ciudad por los cuatro dioses guardas del mundo.

(3) Sin poderle desviar ni el nacimiento de un hijo, que aquella noche dió á luz su esposa, según la leyenda del Sur y la china, si bien ésta se contradice haciendo nacer á este hijo seis años después de la partida de su padre, que vió á su hijo cuando éste tuvo seis años.

dar su consentimiento. Quiso, sin embargo, hacer una última tentativa; dijo al príncipe con lágrimas en los ojos que si quisiera renunciar á su propósito, le daría cuanto pidiese; á lo cual repuso el hijo que renunciaría si su padre, el rey, le pudiera conceder cuatro cosas, á saber: juventud y belleza permanentes, salud y vida, abundancia y fortuna y librarle de enfermedades, de la caducidad, de la muerte y de todo infortunio. «Si no puedes, añadió, concederme todo esto, concédeme siquiera que cuando haya salido de esta vida, no haya de volver á nacer y pasar por otra.» El rey tuvo que confesar con el corazón afligido que nada de esto podía conceder, y se limitó á desearle buen éxito en su propósito de ser el salvador del mundo. Con esto se despidieron y el hijo regresó á su palacio, donde nadie había notado su ausencia ni nadie advirtió su llegada (4).

Entretanto continuaban los sakias guardando todas las salidas del castillo y de la ciudad, porque cuando el rey les había dicho que el príncipe se marcharía, habían contestado: «Vigilaremos, ¿qué hará él solo contra todos nosotros?» Habían colocado centinelas en todas las puertas y en el interior de la ciudad en las plazas y mercados; los jefes hacían la ronda para asegurarse de la vigilancia; la vieja Gautami por su parte había recomendado á las mujeres que estuviesen siempre alerta y no perdieran al príncipe de vista, que continuasen ostentando sus mejores galas, ejecutando juegos y danzas durante toda la noche, porque marchándose el príncipe la casa real quedaría desierta y desaparecería toda su magnificencia.

En la sala de las mujeres ardían todavía las lámparas cuando el príncipe entró, pero la luz que despedían era débil y estaba próxima á apagarse; las mujeres dormían: aquí grupos de bailarinas rendidas de cansancio, allí las músicas, unas abrazadas á sus instrumentos, otras echadas encima de sus laudes y címbalos; mas allá algunas con la boca abierta, cayéndoles la baba sobre los pechos; otras roncando, otras dormidas pero con los ojos entreabiertos, otras rechinando los dientes, algunas apenas cubiertas con su ropaje, muchas enteramente descubiertas. El príncipe echó una mirada sobre los grupos, que despertaron en él la idea de un campo de cadáveres. «¡Qué miseria! — se dijo; — ¿á quién puede gustar este espectáculo? El hombre esclavo de la sensualidad anda en tinieblas y extraviado, se halla cogido en una red de la cual no puede salir.» Estas reflexiones excitaron la compasión en Sidarta; salió al mirador y, dirigiendo su mirada al cielo, levantó las manos á todos los budhas (quiere decir, según Beal, al espíritu universal, ó á la inteligencia del universo), y vió á Indra rodeado de multitud de dioses y envuelto en flores y perfumes; vió á los cuatro custodios del mundo con todos los genios, sol y luna y todo el mundo celeste rutilante de luz; pero comprendiendo que era hora de marchar, llamó á su fiel criado Yandaca y le mandó llevar su caballo enjaezado. En vano trató el criado de disuadirle de su propósito recordándole todos los goces y magnificencias que iba á abandonar; Sidarta se mostró inflexible y desafió todos los peligros que el criado le mostraba, así como había resistido á todos los alicientes materiales.

Por la voluntad de los dioses durmió toda la ciudad como todos los habitantes y los guardas del castillo y palacio, y Yandaca, que retardó cuanto pudo la ejecución de la orden de su amo, esperando que alguien se despertara y le ayudase á detener al príncipe, perdió la esperanza. «Ya ha llegado el tiempo, — le dijo Sidarta, — anda y tráeme mi caballo Cantaca;» y cuando el criado le preguntó qué tiempo había llegado, le contestó su amo: «Ha llegado el tiempo, Yandaca, de alcanzar la iluminación suprema, la *bodhi*, que no conoce ni la caducidad ni la muerte, cosa que anhelo conseguir desde

(4) Esta parte falta en la leyenda del Sur

hace mucho tiempo para ser el salvador de todas las criaturas.»

Viendo el criado que todas las reflexiones eran inútiles y que los dioses protegían la partida del príncipe, obedeció llorando; enjaezó y ensilló al noble animal y lo presentó á su amo, diciendo: «Aquí tienes tu soberbio y noble caballo; anda y realiza tu propósito; cúmplase tu deseo piadoso y que tus adversarios se aparten de tí. Llega á ser el salvador del mundo y trae á todos la bienaventuranza celeste.» El príncipe acarició el caballo y diciéndole: «Muéstrate valiente, Cantaca,» montó. Tembló la tierra y una lluvia de flores cayó del cielo (1).

Los dioses guiaron el caballo; Indra y Brahma fueron delante para indicar el camino con su resplandor celestial, y el criado seguía agarrado á la cola del caballo. La puerta de la ciudad se les abrió por sí sola y sin ruido; solo el genio protector de la capital cantó lamentaciones por la marcha de Sidarta, con el cual se iba también la magnificencia de Capila. Entónces detúvose el príncipe un instante y echando una última mirada á la ciudad dormida, dijo: «Cuando vuelva estarán todos despiertos;» y dicho esto, continuó su marcha volando al través de los territorios de los sakias, collas, mallas y maineyas, mientras se oía en el aire el canto de las ninfas.

Al romper el día hallábase Sidarta á seis yoyanas de la ciudad de Capila, y entonces se apeó, se despidió de los dioses que le acompañaban, quitóse sus joyas y las entregó con el caballo á Yandaca para que los llevara á la capital. El criado cumplió llorando la orden, y, según la leyenda, se llama aquel sitio todavía hoy «la vuelta de Yandaca.»

Habiendo quedado solo el bodhisatva, corrióse con su sable la cabellera y la arrojó al aire, pero Indra la cogió y la llevó á su cielo, y dice la leyenda que en aquel sitio se celebra todavía hoy una fiesta en memoria de este suceso milagroso. También le pareció impropio de su nuevo género de vida su finísimo traje, pero no descubría medio alguno de hacerse con un sayal pardusco de monje. Entonces pasó por allí súbitamente un dios disfrazado de cazador, que trocó gustoso su traje burdo por el precioso vestido del príncipe y le llevó gozoso al cielo, donde todavía es venerado hoy, dice la leyenda.

En el mundo de los dioses, desde la región mas baja hasta la mas elevada, fué grande la alegría cuando sus moradores vieron al príncipe Sidarta vestido de monje; pues decían que sin duda ninguna alcanzaría la iluminación suprema y libraría del mal al mundo y las criaturas.

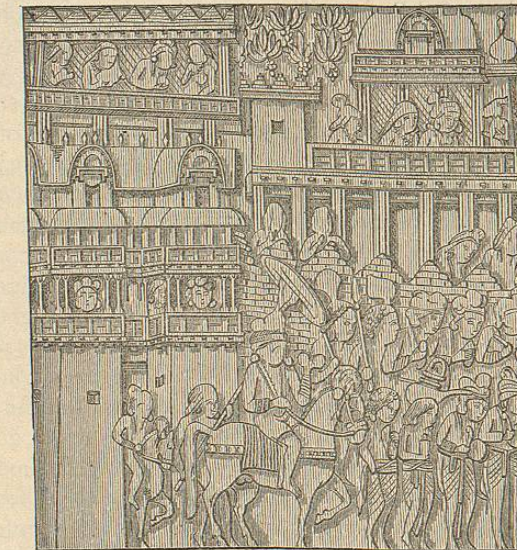
Los habitantes de Capila, muy lejos de sospechar que el príncipe se hubiese marchado, se despertaron por la mañana contentos y alegres; pero cuando Gopa despertó y no encontró al esposo á su lado, dió un grito de dolor y de espanto y cayó sin sentido. Los lamentos de todas las mujeres, que en vano buscaban al príncipe por todo el palacio, llegaron hasta los aposentos mas retirados del rey, el cual también cayó desmayado cuando supo que su hijo había desaparecido. Cuando hubo vuelto en sí, envió en todas direcciones

(1) Según la leyenda del Sur, el príncipe, mientras el criado va por el caballo, vuelve al aposento donde dormía su esposa con su hijo recién nacido. «Volveré hecho Budha y entonces volveré á ver á mi hijo Rahula,» dijo para consolarse Sidarta, y se marchó. La tradición común confunde al salvador del mundo con el dispensador de luz y de calor, y en su caballo vé el sol, fuente de calor y luz, lo que indica la antigüedad de toda la fábula.

Quando el futuro Budha emprendió su misión de salvador tenía veintinueve años, según la tradición. La del Norte cuenta que Mara, el espíritu protervo, se atravesó en el camino del príncipe, prometiéndole el dominio del mundo y amenazándole con terribles tempestades y otros peligros para hacerle volver atrás, pero todo fué inútil.

mensajeros con órden de no regresar hasta haber visto al príncipe. Los que salieron por la puerta de la Buena Suerte por donde había pasado el príncipe, encontraron á Yandaca que regresaba á la ciudad afligido yendo al lado del caballo de su amo, y contó á los enviados en busca del príncipe cómo había pasado todo, añadiendo que todos sus esfuerzos serían inútiles y que no lograrían hacer volver atrás al príncipe. A la vista de Yandaca y del caballo corrió la noticia de que el príncipe había regresado, pero su esposa Gopa no se hizo ilusiones, porque demasiado conocía la firmeza de voluntad de su esposo, y así dejó libre curso á su dolor, sin que los consuelos de Gautami lograsen apaciguarlo.

El rey Sudhodana sintió renovarse también su dolor á la vista de Yandaca y del caballo. El criado le refirió cómo ha-



Escultura de la puerta septentrional de Sanchi.

bia pasado todo, y cómo había procurado en vano despertar á la gente de palacio antes de obedecer al príncipe, al cual ayudaron los dioses, que amortiguaron el ruido de los cascos del caballo para que nadie despertara, amén de otros milagros. Finalmente dijo que el príncipe le había dado el encargo de tranquilizar á toda la familia y le había asegurado una acogida favorable.

A Gopa, que llorando abrazó el caballo de su esposo por el cuello, consoló el criado del mejor modo que pudo; le dijo que las personas buenas no debían afligirse por la marcha del príncipe, que regresaría en su día en toda la gloria de su obra de salvación y entonces la esposa participaría de su gloria; después, para consolarla mas, le refirió los milagros que los seres celestes habían hecho para ayudar al príncipe, y muchas otras cosas.

La preciosa armadura del príncipe fué regalada á tres parientes suyos, pero como estos no pudieron usarla porque no les venía al cuerpo, y solo servía para entristecerles mas, Gautami la echó en un estanque, que según la leyenda se llama desde entonces «el estanque de las joyas (2).»

Entretanto el príncipe en su hábito de monje siguió tranquilamente su camino. Llegó á la ermita del brahman Safi

(2) La anciana Gautami fué, según la leyenda, la persona que mas diligente y enérgica se mostró en todo este suceso. Las leyendas cuentan de diferente manera la vuelta de Yandaca; la china dice (véase la obra de Beal) que el criado necesitó ocho días para desandar el camino que el príncipe había andado en la noche de la fuga, y que el caballo murió de pena al oír los lamentos del rey y de la esposa del príncipe y las convenciones que le hicieron, pero que muerto fué llevado al cielo de los 33, naciendo después á nueva vida como hijo de un brahman y alcanzando la bienaventuranza eterna como adepto de Budha.

que le recibió hospitalariamente, después se dirigió a la de Padma y sucesivamente a la del sabio brahman Raivata y de allí a la morada de Rashaca, hijo de Datrimadandica, siendo muy bien recibido de todos. Después llegó a una gran ciudad llamada Vaisali donde vivía a la sazón Arada, que gozaba como maestro de gran fama. Enseñaba la pobreza y el dominio de los impulsos sensuales, y tenía trescientos discípulos. Tanto estos como su maestro quedaron admirados al ver la hermosa figura del bodhisatva, el cual pronto comprendió sus explicaciones y se mostró a la altura del maestro. Este le invitó a enseñar juntamente con él a los discípulos y le llamó otro Gautama. Mas el bodhisatva comprendió luego que la doctrina de Arada no conducía a la salvación, que tanto anhelaba, y por lo mismo salió de Vaisali y entró en el territorio de Maghada. Al recorrer como monje mendicante la capital Radyagriha, cuantos le vieron creyeron que el mismo Brahma ó Indra, ú otro dios, había llegado allí para pedir limosna; tan imponente era su aspecto. La gente no se cansaba de mirarle, y pronto llegó la noticia de su llegada a oídos del rey Bimbisara. Habiendo el rey visto al monje extranjero desde una ventana de su palacio, mandó que le siguieran, y cuando le dijeron que había ido a acomodarse al pie del peñasco de Pandava, marchó con gran séquito tras él para saludar al nuevo é imponente anacoreta. Llegado que hubo al sitio se apeó del caballo é inclinándose respetuosamente saludó al bodhisatva, el cual con dignidad y calma devolvió el saludo como correspondía con las palabras: «¡Viva el rey muchos años!» En el curso de la conversación ofreció el rey al monje, si quería dejar la soledad del bosque y vivir alegremente en su compañía, todos los goces y diversiones de la vida, haciendas y tesoros, y finalmente hasta la posesión y el gobierno de su reino; pero el bodhisatva no aceptó nada y dijo: «Todos los placeres sensuales son, oh rey, como el viento y las nubes, vanos, insustanciales y efímeros; se anhela disfrutar de ellos, pero una vez logrados no dan satisfacción; son como el agua salada, que en lugar de apagar la sed, la aumenta.» Añadió que esto lo habían reconocido en todos tiempos las personas inteligentes, y que él había tenido todos los placeres y goces, mujeres jóvenes, todo en abundancia, y lo había dejado todo y renunciado a un trono. Preguntado por su familia, dijo que era sakia é hijo del rey Sudhodana, a quien había abandonado para vivir dedicado únicamente a las prácticas de la virtud. Entonces no le instó más el rey Bimbisara, y habiendo obtenido del bodhisatva la promesa de volver a visitar su reino después de haber alcanzado el conocimiento supremo, le saludó respetuosamente y volvió a su capital.

Enseñaba entonces en su capital Radyagriha Rudraca, hijo de Rama, con tanto éxito, que siempre estaba rodeado de 700 discípulos. Sidarta no quiso marcharse sin haber oído a este sabio tan afamado, y habiéndole encontrado, le preguntó quién había sido su maestro, a lo cual Rudraca le respondió que todo lo que sabía, lo había aprendido por sí mismo. Preguntóle Sidarta qué era lo que enseñaba, y el maestro le contestó que enseñaba lo inconsciente pero no lo ignoto (1). Asentó Sidarta plaza de discípulo, y pronto comprendió todo el arte del maestro y su falta completa de valor, memoria, profundidad y conocimiento. Rudraca tuvo que confesar a su nuevo discípulo que no sabía más, y al mismo tiempo le graduó de maestro y le invitó a explicar como tal a su lado; pero el bodhisatva declaró en plena clase que sabía ya bastante y se trasladó a otra parte, marchándose con

(1) Otros leen, según Kern, con razón, Udraka en lugar de Rudraca. Este maestro era seguramente uno de los mas notables de los muchos sofistas de su tiempo, que sabían deslumbrar al pueblo con sus expresiones sutiles y complicadas.

él otros cinco discípulos de que hablamos antes, porque observaron que habiendo comprendido Sidarta en tan corto tiempo todo lo que alcanzaba Rudraca, era seguro que Sidarta llegaría a ser un gran maestro.

Continuó, pues, su camino por el territorio de los maghadas y llegó con sus nuevos adeptos a Gaya, donde fueron invitados a una fiesta. Concluida ésta se retiró a una montaña inmediata, llamada «Cabeza de Gaya», donde se entregó a sus meditaciones sobre la vida de los brahmanes y monjes que con todas sus mortificaciones y penitencias eran siempre mas ó menos esclavos de la sensualidad, la cual les impedía llegar a un conocimiento superior. Después de haber permanecido algun tiempo en la Cabeza de Gaya, continuó su marcha y llegó a Uruvilva, donde vivía un jefe de ejército. Allí las aguas claras y las amenas orillas del río Nairanshana convidaban a la meditación y a una permanencia prolongada, y allí el bodhisatva, después de haber conocido a muchos ascetas de opiniones y doctrinas las mas diversas, con variadísimas prácticas de devoción exterior, resolvió dedicarse a la vida ascética y dar ejemplo de una separación completa de la vida material y sensual.

Entregado, pues, a no interrumpidas meditaciones, se sometió a las mortificaciones mas duras. Pasaba días enteros sentado con las piernas cruzadas, ayunando y aguantando la respiración, hasta que un sudor frio cubría su cuerpo, y pareció a los que le veían muerto ó por lo menos a punto de expirar; y según la leyenda, hijos de cielo anunciaron a Maya, la difunta madre del príncipe, el próximo fin de su hijo. Por tanto Maya, acompañada de ninfas, se dirigió a media noche a orillas del Nairanshana y al ver a su hijo exclamó, en medio de grandes lamentaciones y sollozos: «¿Es decir que la profecía de Asita ha resultado falsa, y tú, hijo mio, has de morir en solitaria selva sin haber alcanzado la iluminación espiritual suprema?» Al oír esto el bodhisatva preguntó quién se lamentaba tanto, y le contestó Maya: «Es tu madre, que te llevó cual diamante en su seno y te parió en el bosque de Lumbini.» Entonces la consoló su hijo, diciéndole que antes de morir sin haber alcanzado el saber supremo, la cumbre del Meru flotaría sobre las aguas, se haría pedazos la tierra y se desprenderían del cielo la luna y las estrellas. Estas palabras consolaron a Maya, que al volverse alegre con sus ninfas al cielo, hizo caer sobre su hijo una lluvia de flores de mandara (2).

El bodhisatva continuó sus mortificaciones. Quiso dar al mundo una prueba del poder del espíritu. Llegó a no comer mas que un solo grano de cebada ó de arroz en todo el día, después redujo el alimento diario a un granito de sésamo, y finalmente se abstuvo hasta de esta cantidad ínfima; se expuso a los ardores del sol, al frio, al viento, a la tempestad, en fin, a todas las penalidades; perdió todos los jugos y fuerzas y el lustre de su cutis, y desaparecieron todas las señales principales y secundarias de su belleza excepcional, hasta parecer su cuerpo un melon seco y arrugado. Había llegado a no ser ni sombra de lo que había sido, y la gente de la comarca le llamó el monje Gautama negro ó moreno, y con otros nombres por el estilo. Las leyendas dicen que no pasó día sin que su padre se informara del estado de su hijo por medio de mensajeros que envió sin interrupción a adquirir noticias (3).

Así pasaron seis años. El bodhisatva había resistido con voluntad firme las pruebas ascéticas mas duras; había moria

(2) Arbol celeste: *erythrina fulgens*.

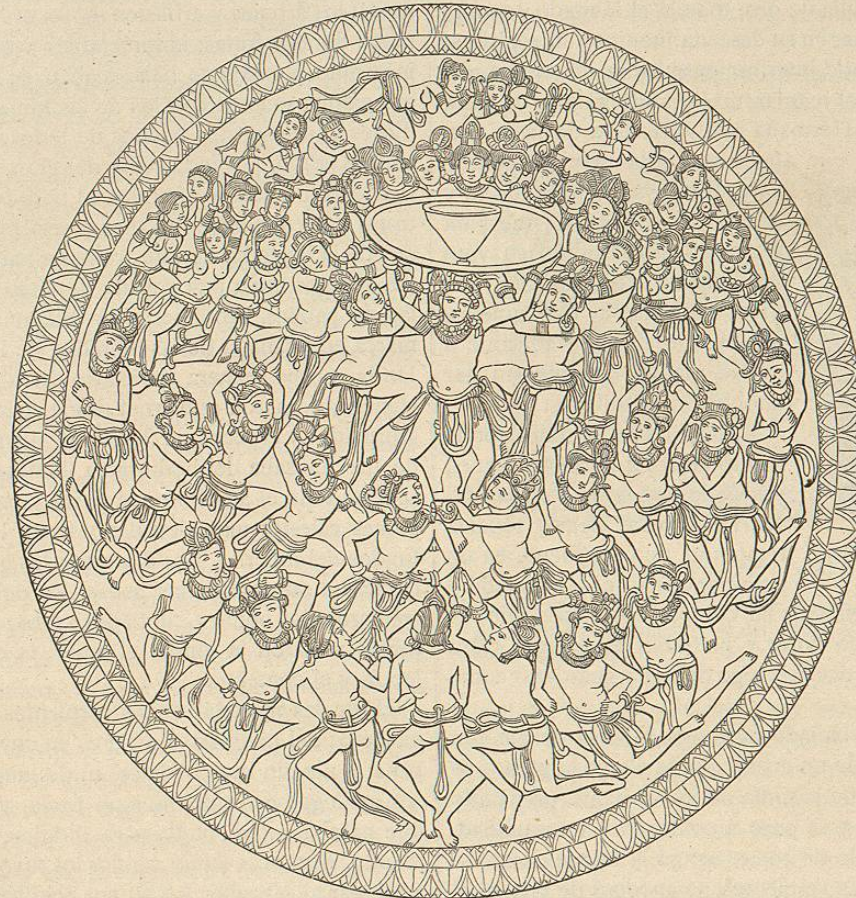
(3) Una vez, cuenta la leyenda del Sur, fué comunicada al rey Sudhodana la muerte de su hijo; pero habiendo sabido que éste no había alcanzado el conocimiento supremo, dudó de la noticia, y después dijo: «Ya sabía yo que mi hijo no moriría antes.»

tificado su cuerpo y penetrado con su espíritu en las últimas profundidades de la meditación; había resistido a las tentaciones del espíritu protervo, siempre en acecho para hacerle abandonar su propósito, y le había dicho: «Hasta a tí te venceré, espíritu maligno;» y el espíritu maligno había tenido que retirarse, avergonzado de su impotencia.

El bodhisatva había resistido pruebas sobrehumanas, pero también se había convencido de que el camino seguido hasta entonces no conducía a la sabiduría suprema, ni a la iluminación completa del espíritu. Comprendió que por este camino no se llegaba a vencer la miseria de las vidas repe-

tidas, con su nacer, envejecer y morir; que un cuerpo exhausto no puede combatir, y habiendo rechazado el auxilio que los dioses, según la leyenda, le ofrecieron, tomó la resolución de volver a alimentarse. Al ver esto, los cinco discípulos que con él estaban, creyeron que su maestro se había cansado de su vida y de su misión, y desesperando de él se trasladaron a Richipatana, al bosque de las gacelas del lado de Benares.

No parecía sino que diez doncellas de las familias principales de la aldea inmediata habían esperado el día en que el austero anacoreta cambiara de plan, para proveerle de



La fiesta de la escudilla de oro (escultura de Amravati).

viandas confortantes, y éste las aceptó y no tardó en recordar su buen aspecto anterior, por manera que poco a poco le volvieron a llamar los habitantes del país, como antes, «el monje guapo y buen mozo.»

Entre las diez doncellas había una llamada Sudyata, hija del jefe de la aldea. Esta joven, en cumplimiento de un voto, había llevado de comer diariamente durante seis años a unos cuantos brahmanes; y así le ocurrió el deseo de que el bodhisatva aceptara de sus manos una comida y después de haberla comido lograra el monje su ardiente anhelo de alcanzar la iluminación suprema del espíritu (1).

(1) El «Lalita-Vistara» escrito en prosa, pues hay otro escrito en verso, que es el que sirve de base al texto, dice que por aquel tiempo había muerto una criada de Sudyata y que su cadáver había sido sepultado envuelto, según la costumbre corriente, en una sábana. El bodhisatva, para hacerse una camisa y para enseñar a sus adeptos (que para satisfacer las necesidades materiales mas urgentes no debían detenerse en escrúpulos de faltar a prescripciones religiosas puramente materiales), se dirigió al sitio donde estaba inhumada aquella criada, quitó la tierra que cubría el cadáver y tomó el lienzo. Una exclamación de asombro resonó entonces por todo el mundo de los dioses, porque el bodhisatva había tocado un cadáver. Miró el monje donde pudiese lavar el lienzo, y como allí no había agua en todo el contorno, una mano divina hizo

Aquel día también un hijo del cielo llevó al bodhisatva ropas nuevas, como las llevan los monjes, y una vez aceptadas, se las puso y se dirigió por la mañana a la aldea.

Aquella mañana era la del primer día de la luna llena del mes de Vaisaca; la joven Sudyata se había levantado muy temprano, porque una inspiración divina le había dicho que aquel día llegaría el santo varón al cual deseaba hacer su regalo anual y que la ayudaría a lograr el cumplimiento del objeto de su voto. Por esto había hecho levantar también temprano a su criada Utara.

Sacaron de la leche de mil vacas la mejor nata; de ésta otra vez la flor y así sucesivamente siete veces, y la última la

brotar un gran charco. También apareció allí una piedra llana, sobre la cual el monje se puso a lavar, no aceptando el auxilio que le ofreció el dios Indra. Después de lavado y secado el lienzo, se hizo de él la camisa que necesitaba. Este episodio evidentemente está añadido a la relación principal posteriormente a la leyenda primitiva.

La leyenda del Sur dice que Sudyata había hecho su voto para que los dioses le dieran un buen esposo y por primer hijo un varón, y había prometido hacer cada año un precioso regalo a un santo hombre. Quiso luego el destino que el tiempo de este regalo anual coincidiera con el día en que el bodhisatva se había convencido de la inutilidad de toda mortificación ascética.